

Paco Umbral, la columna ausente

Marisa Regueiro

Desde el pasado 28 de agosto nos enfrentamos a la ausencia definitiva de una de las columnas más leídas de la prensa española. Paco Umbral, la voz de «Los placeres y los días» en la contraportada de «El Mundo» —por donde algunos diariamente comenzábamos la lectura del periódico—, ha dejado con su desaparición un hueco imposible de llenar. El «a ver qué dice Umbral hoy» precedía, en la mente del lector, al gesto de acercamiento a la letra impresa, señal inequívoca de la fuerza de su mensaje: unos, con comprensible temor —similar al que despertaban en la Corte madrileña los sueltos satíricos de Quevedo— de encontrar su nombre en negrita en el centro de una verdad incómoda o de su acerada crítica; otros, los más, para conocer su opinión original, personalísima y siempre inteligente, y para comenzar el día con unos minutos de deleite estético.

Nos invade la nostalgia por la vitalidad de su estilo, por su prosa única, por su innegable talento expresivo y por esa su peculiar visión de la realidad circundante que jamás nos dejaba indiferentes, es más, que siempre nos sorprendía. Es tiempo de la evocación de su persona y de su obra, tan singulares ambas, sin concesiones a prejuicios, fobias o filias de cualquier signo que, en múltiples ocasiones, empañaron la valoración de un talento literario innegable que trasciende la originalidad de su estilo, brillante y atrevido.

*«Non se vos haga tan amarga
la batalla temerosa qu'esperáis,
pues otra vida más larga
de la fama gloriosa acá dexáis...»*

Copla XXXV, Jorge Manrique

Infancia, aprendizaje y Madrid en el horizonte

Tras el nombre de Francisco Umbral, su seudónimo literario, se escondía la persona de Francisco Pérez Martínez, que nació en Madrid el 11 de mayo de 1935¹, pero pasó su infancia y su

a partir de 1963, año de la desaparición de González Ruano, la prosa umbralista es ya madura, vital, certera y se hace merecedora de innumerables distinciones

juventud en Valladolid, lugar de origen de su familia, inicialmente en Laguna de Duero, y más tarde en la capital. La ausencia del padre, la enfermedad y las dificultades escolares —sólo contó con un año de formación escolar oficial— fueron suplidas por una voraz pasión por la lectura autodidacta, por la ficción literaria. Su primer trabajo como botones en un banco, a los catorce años, en el contexto de una España de posguerra dolorida, sumida en la necesidad y en la oscuridad intelectual, no le impidió leer todo lo que caía en sus ma-

¹ La fecha real de su nacimiento fue objeto de una ardua investigación por parte de Ana Caballé, pero el mundo infantil de Umbral permanece, en cierto modo, velado por el misterio.

nos, desde novelas de aventuras hasta obras de la Generación del 98 o del Grupo del 27. En el crisol de su talento, del apasionado lector nació el escritor y el periodista.

Sus primeros escritos, curiosamente poemas, se publicaron en la revista *Cisne*, del SEU; pero el paso definitivo hacia la escritura pública y profesional —crisálida transformada en mariposa— se dio gracias al apoyo de Miguel Delibes, por entonces director de *El Norte de Castilla*, en 1958. Un año más tarde contrajo matrimonio con María España Suárez Garrido, su fiel e inteligente compañera hasta el final de sus días, y se trasladó a León, donde trabajó en la emisora *La Voz de León* y en el periódico *Proa*.

En la década de los sesenta, buscando un horizonte más abierto del que podía ofrecer por entonces una capital de provincias, se traslada de León a Madrid, donde desarrolla una intensísima actividad periodística y literaria en el contexto de la creativa bohemia capitalina. Frecuenta los ambientes literarios de la época, como el Café Gijón; colabora con diversos medios periodísticos, entre ellos *Mundo Hispánico*.

A partir de 1963, año de la desaparición de González Ruano, de cuyo hacer literario y periodístico se confiesa deudor, la prosa umbraliana es ya madura, vital, certera y se hace merecedora de innumerables distinciones, como el Premio Nacional de Cuentos

Gabriel Miró por el relato *Tamouré* (1964), el Provincia de León con su cuento «Días sin escuela» (1965), el Arniches por su artículo «Arniches, cien años» (1967) o el Tartessos de cuentos por «Tribunal – José Antonio Sol» (1968). Resulta finalista del Premio Guipúzcoa por *Balada de gambaerros* (1964), basada en el Valladolid de su infancia y juventud y con el que consolida la senda narrativa² y el memorialismo que caracterizarán muchos de sus mejores trabajos.

Travesía de Madrid (1966), premio Alfaguara, donde recrea sus primeras vivencias en la capital de España, afianza su prestigio literario, como reflejan las palabras de Gregorio Salvador: «... fue el libro... que me lo descubrió como escritor ineludible. Un libro que me resultaba muy próximo y que me ayudó a darle un tinte literario actualizado al plano de Madrid con el que por entonces, residente yo en provincias pero frecuente visitante de la ciudad, me movía por ella y la iba incorporando a la memoria sentimental de mis recuerdos más vivos»³. Las líneas creativas más características ya en este período son el ensayo y la biografía literaria, que desde su *Olivetti* brotan como géne-

ros que se entrelazan y se cruzan permanentemente: publica *Larra, anatomía de un dandy* (1965), *Lorca, poeta maldito* y *Valle-Inclán* (ambos en 1968), *Las vírgenes* (1969), *Biografía completa de George Gordon, Lord Byron* (1969).

Su ojo avizor penetra la cambiante realidad de los primeros años de los setenta, cuando la historia española se desborda en acontecimientos políticos, culturales y sociales, y encuentra en la actividad literaria y periodística el canal de expresión más prolífico e inteligente. Son buena muestra de ello sus ensayos *Miguel Delibes* (1970) y *Las españolas* (1974); las obras narrativas que vieron la luz en 1970 como *El Giocondo* y *Las europeas*, y en los años siguientes, como *Amar en Madrid* y *Memorias de un niño de derechas* (1972), *Carta abierta a una chica progre* y *Los males sagrados* (1973); los artículos periodísticos de *Diario de un snob* y *Spleen de Madrid* (1973), *Crónicas antiparlamentarias* y *Museo nacional del mal gusto* (1974); la curiosa biografía *Lola Flores, (sociología de la petenera)* (1971).

Junto a su creación literaria, se intensifica la colaboración con publicaciones diversas, como *La estafeta literaria*, *Mundo Hispánico*, *Por favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*, *Interviú*; y con la prensa diaria, en distintos medios: *Ya*, *ABC*, *La Vanguardia*, *El País* (1976–88), *Diario 16* (1988), y desde 1989 hasta su último aliento, *El Mundo*⁴.

² Su prosa narrativa también obtuvo el premio de cuentos Tartessos por *Marilén otoño – invierno* (1966) y del Elisenda de Moncada por *Si hubiéramos sabido que el amor era eso* (1969).

³ GREGORIO SALVADOR, «Hablemos de Umbral», en *EntreRíos*, Granada, 2005, n.º 1, p. 60.

⁴ La publicación de sus artículos periodísticos ocupan una serie amplia de libros:

La prosa dolorida y la escritura consagrada

En 1975, el drama del fallecimiento de su único hijo, «Pincho», de sólo seis años de edad, deja una imborrable herida que alimenta la prosa más dolorida en *Mortal y Rosa*, sin duda una de las obras literarias más importantes del siglo XX. Como diría Javier Villán: «Tan pura es la poética de este libro, que la literatura desaparece transustanciada en muerte y soledad»⁵, en un existencialismo que se enfrenta a lo inexplicable del sufrimiento humano más allá de su límite. La expresión se hace eco del dolor más intenso, más profundo, desde la más íntima y honda sinceridad, con un lirismo elegiaco inigualable:

Spleen en Madrid (1972), *Diario de un snob* (1973), *Crónicas antiparlamentarias* (1974), *Museo nacional del mal gusto* (1974), *Diario de un español cansado* (1975), *Suspiros de España* (1975), *La guapa gente de derechas* (1975), *Cabecitas locas, boquitas pintadas y corazones solitarios* (1975), *Las cartas* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Iba a comprar yo el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Mis mujeres* (1976), *Las respetuosas* (1976), *Amar en Madrid* (1977), *Las jais* (1977), *Diario de un snob-2* (1978), *Teoría de Madrid* (1980), *Spleen, cuaderno madrileño* (1980), *Spleen de Madrid-2* (1980), *España como invento* (1980), *A la sombra de las muchachas rojas. Crónicas marcianas de la transición* (1981), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994), *La derechona* (1997), *Madrid tribu urbana. Del socialismo a don Froilán* (2000), *Los placeres y los días* (2001).

⁵ *El Mundo*, Madrid, 29 de agosto de 2007, p. 7.

«Sólo encontré una verdad en la vida, hijo, y eras tú. Sólo encontré una verdad en la vida y la he perdido. Vivo de llorar-te en la noche con lágrimas que quemaban la oscuridad. Soldadito rubio que mandaba en el mundo, te perdí para siempre. Tus ojos cuajaban el azul del cielo. Tu pelo doraba la calidad del día. Lo que queda después de ti, hijo, es un universo fluctuante, sin consistencia, como dicen que es Júpiter, una vaguedad nauseabunda de veranos e inviernos, una promiscuidad de sol y sexo, de tiempo y muerte, a través de todo lo cual vago solamente porque desconozco el gesto que hay que hacer para morir. Si no, haría ese gesto y nada más»⁶.

Desde ese momento fatal, tras la que el escritor y su mujer dejan la capital madrileña para residir ya para siempre en su *dacha* de Majadahonda, la prosa umbraliana se tiñe de una melancolía triste o de una intensidad crítica según la ocasión, el tema o el personaje incluido en sus crónicas; y su imagen personal se asocia con cierta brusquedad y con el exabrupto que los medios de comunicación suelen amplificar, repetir y multiplicar sin descanso y que poco o nada tienen que ver con la realidad en el trato directo, en la amistad y en las distancias cortas:

«Soy el único cadáver que ha escrito un libro en la historia de todos los tiempos...

⁶ *Mortal y Rosa*, Madrid, 1999, Unidad Editorial, p. 145.

De modo que me crece la pirámide en el alma, el espacio sagrado, la cripta donde te llevo, entre dos costillas, entre el epigastrio y el sentimiento...»⁷.

Como bien dice Carilla⁸: «La enfermedad de su hijo abandona y recupera una y otra vez el primer plano». La vida se hace razón literaria y la literatura adquiere una especial gravedad: se identifica definitiva y consustancialmente con el hacer cotidiano del escritor, única razón de existir. Vivir para la escritura, escribir para poder vivir. Da buena prueba de ello la prolífica obra, tanta que ha supuesto un desafío para el lector que deseara seguir la senda de su creatividad. En 1975 sus artículos periodísticos ocupan ya cuatro volúmenes: *Diario de un español cansado*, *Suspiros de España*, *Cabecitas locas*, *boquitas pintadas y corazones solitarios* y *La guapa gente de derechas*. El mismo año recibe el Premio Carlos Arniches de la Sociedad General de Autores y el prestigioso Premio Nadal por *Las Ninfas* (1976), ambientada en el Valladolid de su infancia y adolescencia, que supuso el reconocimiento de Umbral como novelista, condición que sería confirmada mucho más tarde en *La forja de un ladrón*, Premio Fernando Lara 1997. *España de parte a parte* (1976), *Tratado de perversiones* (1977) y *Ramón y las van-*

guardias (1978), maestro e inspirador confeso de la ironía, el ingenio y la palabra sorprendente.

Las décadas de los ochenta y los noventa supusieron el reconocimiento de las Letras españolas con las más importantes distinciones a su trayectoria: el premio César González Ruano —por el artículo «El trienio» (1980)—, el Mariano de Cavia —por

el ensayo de este período refleja su perplejidad frente a una época que fue matando las ideologías revolucionarias y ante los líderes que defraudan las sanas expectativas de cambio político y social

«Martín Descalzo»— (1990), el Nacional de la Crítica (1991), el Provincial de Valladolid a la Trayectoria literaria (1994), el Príncipe de Asturias de las Letras (1996), el Nacional de las Letras (1997), Doctor Honoris Causa por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid (1999) y Premio Cervantes de Literatura en 2000.

A pesar de estas distinciones, la destimación de su candidatura para ingresar a la Real Academia Española dejó una espina clavada, que no contribuyó precisamente a restañar o a superar su comprensible despecho.

⁷ *Op. cit.*, p. 146.

⁸ C. CARILLA (2005), «Algunas palabras sobre *Mortal y Rosa*», [en línea], Dirección URL: <http://es.geocities.com/alvarezamo/mortalyrosa.html>

Son décadas fértiles en títulos de difícil distinción genérica, muchos de ellos narrativos⁹, aunque la narratividad está presente de diversas formas en sus ensayos, en sus memorias y en sus columnas.

*la memoria ha de luchar contra
su propia fragilidad, pero la
umbraliana parecía no tener
límites para recordarlo todo,
imágenes, personajes,
lugares, palabras*

El ensayo de este período refleja su perplejidad frente a una época que fue matando las ideologías revolucionarias y ante los líderes que defraudan las sanas expectativas de cambio polí-

⁹ Entre los libros de narrativa: *Teoría de Lola* (1977), *Los amores diurnos* (1979), *Los helechos arborescentes* y *El hijo de Greta Garbo* (1980), *Crímenes y baladas* (1981), *Las ánimas del purgatorio* (1982), *Las gigantes* (1982), *Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo* (1985), *Sinfonía borbónica* (1987), *Un carnívoro cuchillo* (1988), *Nada en el domingo* (1988), *El día en que violé a Alma Mahler* (1988), *El fulgor de África* (1989), *Tierno Galván ascendió a los cielos* (1990), *Leyenda del César Visionario* (1991), *Memorias borbónicas* (1992), *Madrid 1940. Memorias de un joven fascista* (1993), *Las señoritas de Aviñón* (1995), *Capital del dolor* (1996), *La forja de un ladrón* (1997), *Historias de amor y Viagra* (1998), *El socialista sentimental* (2000), *La República Bananera USA* (2002) y *Los metales nocturnos* (2003).

tico y social; pero sin olvidar nunca la pasión literaria que servía de sustento a la propia vida. *La fábula del falo* (1985), *El fetichismo* (1986), *Guía irracional de España* (1989), *La escritura perpetua* (1989), *El socialfelipismo* (1991), *Del 98 a Don Juan Carlos* (1992), *Las palabras de la tribu (De Rubén Darío a Cela)* (1994), *Valle-Inclán, Los botines blancos de piqué* (1998) y *Cela. Un cadáver exquisito. Vida y obra* (2002) componen la serie, en las que conviven el sarcasmo y el dato cierto, lúcido, expresado con una sinceridad a veces rayana en la incorrección.

Memoria e impresionismo

Como en la magna construcción de los *Essais* de Montaigne, la obra de Umbral gira siempre en torno a ese *yo* que observa y refleja su peculiar visión de la realidad circundante. Lo relatado es *lo sentido*, el resultado de lo que el alambique personal de su propia percepción ha procesado, ha creado en su interior: la expresión irónica, con una media sonrisa, nos ofrece la imagen punzante, impresionista, crítica, inesperada y original, que obliga al lector a desandar el proceso de sus inesperadas pero certeras asociaciones, de sus peculiares observaciones. Umbral apela a la inteligencia del lector, la conmina a desplegar toda su fuerza interpretativa. Quizás en esta circunstancia resida la razón de algunas de las voces que se alzan —¿impotentes tal vez?— contra lo

que no alcanzan a desentrañar. La capacidad de evocación, la riqueza de la memoria umbraliana es peculiar y, conscientemente, creación literaria, como reconoce en un artículo sobre el escritor Corpus Barga: «He escrito mis memorias apoyándome, no en la realidad, sino en el recuerdo de la realidad que es cosa distinta. El recuerdo es confuso, poético, enmarañado. Pero es lo que hay que escribir, porque ya no recordamos las cosas tal y como realmente fueron»¹⁰.

Parte de la gran serie autobiográfica¹¹ que inició con *Memorias de un niño de derechas*, en *Retrato de un joven malvado*, subtítulo «Memorias prematuras», revive la epopeya de la posguerra donde las andanzas infantiles dan paso a las aventuras y desventuras de

esta crónica de los cincuenta y sesenta: la perplejidad provinciana ante las nuevas situaciones del Madrid «eterno» y sofisticado así como del suburbial y desgarrado, el Madrid «municipal diurno» y el «Madrid clandestino y silencioso», las largas tertulias en los cafés, el kafkiano mundo de las pensiones, el descubrimiento de su vocación de escritor, la difícil búsqueda de un estilo propio, la progresiva

*provocador y polémico,
no ahorró calificativos ni
descalificaciones a personas,
movimientos, mitos
y creencias*

¹⁰ F. UMBRAL, «Corpus Barga, ni raro, ni olvidado», en *Estafeta Literaria*, 1970, n.º 466, p. 17.

¹¹ El autobiografismo enlaza con la crónica —diversa en temas y en emociones—, en sus memorias y en sus diarios. Entre las primeras: *Mis paraísos artificiales* (1976), *La noche que llegué al Café Gijón* (1977), *Los males sagrados* (1982), *Trilogía de Madrid* (1980), *Crónicas de esa guapa gente. Memorias de la jet* (1991), *Memorias eróticas (Los cuerpos gloriosos)* (1992), *La década roja* (1993), *Madrid 650* (1995), *Los cuerpos gloriosos (Memorias y semblanzas)* (1995), *Los cuadernos de Luis Vives* (1996), *Días felices en Argüelles* (2005), Entre los segundos: *Diario de un escritor burgués* (1979), *Los ángeles custodios* (1981), *La bestia rosa* (1981), *La belleza convulsa* (1985), *Diario político y sentimental* (1999), *Un ser de lejanías* (2001).

convicción del poder subversivo de la palabra escrita. El retrato del Madrid literario que discurre por este contexto está bañado de la misma luz bélica:

«*Todo Madrid estaba en guerra literaria y el café era como el frente, la línea de fuego, el campo de trincheras donde los que habían perdido la contienda y los que la habían ganado hacían una tregua para pedir agua al camarero, o un coñac de garrapa, como aquellas treguas que se hacían, efectivamente, en la guerra civil, a orillas del Ebro —de acuerdo los dos bandos—, para tomar agua del río*»¹².

¹² F. UMBRAL, *Retrato de un joven malvado, (Memorias prematuras)*, Barcelona, Destino, 2.ª ed., 1976, pp. 18-19.

La memoria ha de luchar contra su propia fragilidad, pero la umbraliana parecía no tener límites para recordarlo todo, imágenes, personajes, lugares, palabras. La evocación que se recrea, poética, literariamente, integra a toda la *comedia humana* de ámbitos y actores diversos y hasta contrarios, en obras de muy difícil adscripción genérica¹³. Preguntado por el modo de fijar lo que podía ocurrírsele en un momento para conjurar el posible olvido, respondió:

*«Notas mentales, porque confío mucho en mi memoria. Incluso a medianoche, con esa lucidez de las cuatro de la madrugada. Notas de ideas y notas de palabras, palabras que me gustan, palabras que conocía y no controlaba, y que las vuelvo a cazar. En otro día, en una peli de Ramoncín, decían “bordería”. ¡Coño, “bordería”, es verdad, y la meto en una columna, y una vez que la he escrito, ya no se me olvida»*¹⁴.

¹³ *Capucina y los lobos* (1976), humorística; *La prosa y otra cosa* (1977), antología; *Mis queridos monstruos* (1980), entrevistas; *Guía de pecadores/as (Todos los que están)* (1980), libro de personajes; *Guía de la postmodernidad (crónicas, personajes e itinerarios madrileños)* (1980); *La rosa y el látigo. Noches, Ninfas, Fuegos* (1994), antología; *Los alucinados. Personajes, escritores, monstruos. Una historia diferente de la literatura* (2001); *¿Y cómo eran las ligas de Madame Bovary?* (2003), historia literaria; *Crónica de las tabernas leonesas* (2004).

¹⁴ «Lo único que me importa es el hombre», entrevista de Manuel Hidalgo, en *El Mundo*, 22 de enero de 1993.

En sus memorias y en sus ensayos, Umbral no desperdicia oportunidad de reflexionar sobre el propio oficio de escritor, sobre sus maestros de ayer, sobre recursos y principios literarios como el humor o la ironía, con un grado excepcional de autoconciencia literaria. A propósito de los mimbres con los que trabaja el escritor, por ejemplo, nos acerca a su propia, consciente, poética:

*«La seriedad del escritor, o es una careta de Augusto o es una sequedad del alma. Sólo se podía escribir —qué claro empezábamos a verlo— desde el terreno movedizo de la ironía. Voltaire, Quevedo, Cervantes, Larra, los grandes irónicos, los sutiles sonrientes. De Quincey, Diderot. Oscar Wilde... El escritor tiene tres trajes en su guardarropa. La gravedad, el lirismo, la burla. Suele empezar por el lirismo o por la gravedad. Suele pasar del uno a la otra. Suele incluso confundirlos: ponerse lírico cuando trata de ponerse grave, y viceversa. La burla es un traje de máscara, de carnaval, que el escritor tarda en ponerse, porque aspira a que le tomen en serio, muy en serio. La gravedad es una pose y el lirismo es otra. La ironía es precisamente la ausencia de toda pose»*¹⁵.

No siempre este grado de autoconciencia ha sido valorado en su justa medida y se lo ha tachado de narcisismo irredento. Pero Umbral cono-

¹⁵ F. UMBRAL, *Retrato de un joven malvado, (Memorias prematuras)*, op. cit., p. 187.

cía sus propios límites e ironizaba sobre ellos:

«Primero se lucha por hacerse un nombre. Luego se lucha por estar a la altura del nombre. Finalmente se acaba odiando el nombre, porque el nombre es lo único que nos sobrevivirá. Vive uno pendiente del bigotito, decía un escritor español. No tengo otra fortuna que mi firma, decía Larra»¹⁶.

El estilo brillante y renovador del lenguaje

«Alaban mi estilo los que quisieran matar mi pensamiento», frase pronunciada en *Un ser de lejanías* y en otras ocasiones, resulta un diagnóstico certero respecto de cierta parte de la crítica. Provocador y polémico, no ahorró calificativos ni descalificaciones a personas, movimientos, mitos y creencias. Desmitificador nato que sólo respondió ante su propia e irrenunciable libertad de expresión, ha despertado la ira de los aludidos y de los constructores de falsos hologramas de relumbrón, como ocurrió por ejemplo con la literatura del exilio, del que sólo rescató —justamente— a figuras de la talla literaria de Juan Ramón, Alberti o Ramón Gómez de la Serna. De sus dicerios no se libraron ni los compañeros de oficio ni los políticos de su orientación izquierdista inicial. Su instinto para juzgar a hombres, ideologías, movimientos o

actitudes era certero, hasta profético, e inmisericorde. En 1990 escribía:

«El socialfelipismo no puede tolerar hoy en sí un cuerpo extraño, un anticuerpo ético como IU... a no ser que los comunistas participen de alguna forma en la hermosa fiesta de la corrupción».

Tras la actitud voluntariamente cultivada de *dandy* rebelde primero, o de misántropo siempre, lo que realmente vivía en su interior era el creador nato, que enriquecía para siempre el lenguaje no sólo literario, sino el de todos. Como Quevedo en sus mejores momentos, Umbral ha poblado el léxico con un venero inagotable de

*sólo publicó algunos poemas
en su juventud y cuando en
cierta ocasión, la avidez de la
editora le sugirió la posibilidad
de hacerlo en su totalidad,
se negó*

neologismos, muchos de los cuales han saltado de su columna a las páginas vecinas primero y luego a la calle: *pequeñoburgués, se ha zacaneado, mundo de Guermantes, tardofranquismo, ac tricillas, guerracivilismo, la Santa Transición, felipismo, socialfelipismo, telurismo, o sea, joseantoniano, shakesperiano*, son sólo algunos de los incontables ejemplos.

¹⁶ Ibidem.

«Lo importante es conmovier con las palabras» —decía—, y lo consiguió con metáforas y comparaciones inigualables en su originalidad, cultismos y arcaísmos revividos, onomatopeyas, juegos de palabras, encadenamientos asociativos, el léxico *cheli*¹⁷ canalla o de las clases bajas que adquiere categoría estética y literaria en su pluma.

su obra no podría
explicarse sin traspasar
la corteza exterior

No es nada fácil escoger ejemplos de entre sus páginas, porque de los infinitos posibles, cada línea nos invita a reproducirla:

«Las grandes flamenconas, las de mi arma, las reinas del folklore, que triunfaban en teatros enormes y escorados, como barcos viejos, quietos y salobres. Había que visitar a las grandes mujeres de Andalucía para la entrevista, para el reportaje, para ver de cerca las diosas peinadas de la épica nacional, y ellas estaban allí, en sus camerinos adcentados con mantones de Manila...»

Sonaba una música espesa y dulceamar-ga en los colectores de los altavoces, como

¹⁷ Al estudio del léxico dedicó también investigaciones y obras específicas, como el *Diccionario para pobres* (1977) o el *Diccionario cheli* (1982), esta última referencia lexicográfica pionera.

un agua densa y sensual, y subía de abajo el trueno de las bolas en el carril, el estampido de los bolos, chachachá, qué rico chachachá, vacilón, qué rico vacilón, el oleaje lento de la bossa nova, todavía la violencia del rock, el reloj me enseñó a bailar el rock and roll, y muy lejos el camionero Elvis, con una muela forrada de oro, metiéndole movimiento a las caderas de toda una juventud, Paseo del Prado chachá, Madrid florido chachachá, moliendo café, la pachanga, pachanga pacá, pachanga pallá, tanta vida yo te di que en la boca llevarás sabor a mí, no soy nada, no soy nada, etc.»

Lirismo en prosa

Umbral sólo publicó algunos poemas en su juventud y cuando en cierta ocasión, la avidez de la editora le sugirió la posibilidad de hacerlo en su totalidad, se negó enfáticamente con un «No, no me lo perdonarían». Sin embargo, aunque no se permitió dar a la imprenta su poesía completa, toda su prosa rezuma lirismo. En la columna que dedica a Dámaso Alonso¹⁸, la crónica del entierro del maestro del 27 se construye en torno a la figura de la *epímona*, por la que se repite en varias ocasiones y a lo largo de la columna el enunciado del título *Enero, frío, Dámaso*, como una letanía dolorida. Desde las palabras iniciales ese lirismo alberga palabras cotidianas transustan-

¹⁸ «Enero, frío, Dámaso», en *El Mundo*, 28 de enero de 1990.

ciadas en poesía (*Era media mañana, había eneros traidores por todas las esquinas, había una luz de entierro y día corriente*), metáforas y comparaciones (*La barca caoba sobre hombros como olas duras y extrañas*), hipálages (*Un aplauso triste y vecinal, como una floración que enero quiebra, cuando el furgón se va*), etc.

Como bien advirtió el poeta José Hierro —a quien Umbral dedicó una lealtad agradecida, admirada, constante y sin fisuras— su obra no podría explicarse sin traspasar la corteza exterior, tras la que se ocultan «... su habilidad de malabarista de la palabra, fantasía, humor, luz, ternura (que trata inútilmente de ocultar), poesía (que no puede ocultarla disfrazándola de prosa), hondura de visión que (como decía Ortega de sí mismo) hace que muchos lectores se queden en lo más exterior, olvidando la intensidad de las ideas, etc.»¹⁹.

El suyo es también un lirismo melancólico, evocador de uno de los escritores más admirados por Umbral: como Valle Inclán, su prosa abunda en el neologismo inesperado, la adjetivación insólita y cuando conviene esperpéntica, la fractura de la sintaxis que se pone al servicio de la idea y de la emoción, la elipsis sugerente y sugestiva, la ruptura de mol-

des y géneros constreñidores. Como bien reconocen sus buenos lectores, «Umbral tiene una capacidad de ideación que excede toda medida. No mira las cosas como algo hecho, no ofrece una visión del mundo. Lo que brinda es un mundo ilimitado de visiones en interminable efervescencia de eso que solemos llamar *la realidad*»²⁰.

el vacío que deja

Umbral no sólo se sentirá

en la columna, sino en la

literatura en lengua

española en su conjunto

El oficio de escribir

El vacío que deja Umbral no sólo se sentirá en la columna que intentan llenar otras voces mucho menos dotadas, sino en la literatura en lengua española en su conjunto. Los muchos imitadores de su estilo único e intrasferible no podrán alcanzar nunca la brillantez de su expresión, porque no abunda el talento que demandaría tal desafío. Pero su magisterio se deja sentir, con desigual fortuna, en todos: «Hoy, siglo XXI, la

¹⁹ JOSÉ HIERRO, «¿Bienvenido!», en *El Mundo*, 23 de abril de 2001.

²⁰ AURORA SALVADOR, «Insustituible Umbral», en *EntreRíos*, *op. cit.*, p. 55.

gente, el *gentío*, hablamos como Umbral. O como aprendices suyos. El español de este tiempo no se explica sin Umbral, ni en la calle ni en las firmas. Quien más, quien menos, todos, sin querer o queriendo, hemos adoptado rasgos, modos, maneras de Umbral»²¹.

²¹ Ibidem, p. 54.

No es posible, ni mucho menos, la exhaustividad en la consideración de una vida tan intensa y de una obra tan extensa —cerca de doscientos libros e innumerables artículos—; pero sí podemos decir que *no sólo sobrevivirá el nombre* de Umbral. Como dice Manrique en sus *Coplas*, la obra de Umbral merece la *fama gloriosa*, como una de las más importantes de nuestro siglo y del precedente. ■